

# Competitividad y cooperación. Justicia y paz

---

**Arcadi Oliveres**

**Arcadi Oliveres Boadella** es doctor en Ciencias Económicas y profesor titular del departamento de Economía Aplicada de la Universidad Autónoma de Barcelona. Es Presidente de «Justícia i Pau»; de la Universidad Internacional de la Paz de Sant Cugat del Vallès, y del Consell Català de Foment de la Pau y miembro de la Societat Catalana d'Economia del Institut d'Estudis Catalans. Ha realizado investigaciones en temas de comercio internacional, globalización económica, deuda externa, cooperación al desarrollo y economía de la defensa. Asimismo, ha escrito y colaborado en la elaboración de varias obras, entre ellas: *El militarismo en España* (editor junto a Pere Ortega. Editorial Icaria, Barcelona, 2007), *Un altre món* (Angle Editorial, Barcelona, 2006), *Contra el hambre y la guerra* (Angle Editorial, Barcelona, 2005).



# Competitividad y cooperación. Justicia y paz

---

## 1. Introducción

El 50% de la Humanidad vive en zonas urbanas. La urbanización es un proceso creciente y claramente palpable en las últimas décadas. A mediados del siglo xx, tan solo el 33% de los habitantes del planeta vivía en las ciudades, mientras que se prevé que el porcentaje llegue ya al 63% el año 2030. La urbanización, a medida que progresa, marca actitudes en la vida económica y social que se alejan, para bien y para mal, de los parámetros tradicionales.

En efecto, por un lado, son innegables los beneficios que las concentraciones de población suponen al facilitar el acceso a una buena asistencia médica, a unas mayores posibilidades educativas, a unos mínimos servicios sociales, a una mayor oferta cultural, a la generación de un intenso tejido social y a la disponibilidad de un amplio instrumental que permite desde la cocina de nuevas ideas hasta la capacidad organizativa de propuestas alternativas.

Pero resulta también evidente que es precisamente en el ámbito urbano donde aparecen con más fuerza las desigualdades y la insolidaridad, el consumismo, los episodios de violencia, las dificultades de vivienda, los guetos residenciales y la creciente proliferación de los «no espacios» como referencia, en los grandes centros comerciales, en las estaciones de servicio, en los aeropuertos, en las cadenas de cafeterías, restaurantes, hoteles y centros, calificadas de ocio, en los que puedes estar de forma indiferente en cualquier parte del mundo.

La ciudad se ha convertido en el paradigma del cambio social. Todos los riesgos para la justicia, la libertad, la paz y la protección del entorno que veremos a continuación se manifiestan allí con su máxima fuerza de la misma manera que se manifiestan allí todas las propuestas de cambio que, en buena lógica, van surgiendo de la conciencia crítica de la sociedad.

## 2. La injusticia siempre creciente

A pesar de los progresos científico-técnicos que ciertamente lo posibilitarían, buena parte de la población mundial padece todavía de una falta de cobertura de sus necesidades básicas. No obstante, a menudo la falta de voluntad política, los objetivos lucrativos de las empresas y los egoísmos de los particulares conducen a millares de millones de personas a unas condiciones de vida deplorables. Así, por ejemplo, los muertos de SIDA por imposibilidad de acceso a medicamentos que los laboratorios farmacéuticos no quieren facilitar celosos de sus patentes, las condiciones inhumanas que son aprovechadas por las subcontrataciones deslocalizadoras de las grandes empresas, la debilidad de recursos para luchar contra el hambre cuando se invierten enormes cantidades en la guerra, el inconsciente e inmoral negocio de las armas, el cierre de fronteras a las migraciones, el comercio internacional en condiciones de desigualdad, la corrupción mezclada con los negocios ilícitos y los paraísos fiscales, la fuga de cerebros, la especulación financiera, la deuda externa abusiva, la explotación sin fin de los recursos naturales, el deterioro ambiental y la urbanización indiscriminada son algunos de los

mecanismos generadores de las carencias indicadas. No es difícil constatar, por otro lado, que las citadas carencias tienen un impacto más doloroso cuando se trata de poblaciones concentradas especialmente en las periferias de las grandes ciudades.

Tales mecanismos impiden asimismo, no tan solo el mantenimiento de la dignidad de mucha gente sino que también son generadores de diferencias crecientes entre las poblaciones del Norte y del Sur y de diferencias en el interior de cada uno de los países. Si en los años cincuenta del siglo xx nos referíamos a una relación de 30 a 1 en la dimensión del PIB por cápita entre el 20% más rico y el 20% más pobre de la población mundial, en la actualidad este diferencial se sitúa en una relación de 103 a 1. Y el mismo, aunque en una proporción menor, lo encontraríamos también en el ámbito interno de los estados donde al mismo tiempo aumenta la participación de las rentas de capital y disminuye la de las del trabajo en el PIB total. En última instancia, las ciudades repiten el mismo esquema y probablemente de una forma más agravada todavía.

### **3. La gobernabilidad democrática en cuestión**

En sentido estricto, la política es el gobierno de la «polis», esto es, de la urbe y parece seguro que las primeras experiencias democráticas aparecieron en las ciudades. No obstante, las actuales formulaciones de la democracia representativa dejan mucho que desear en todos los niveles. Empezando desde uno de los instrumentos básicos de la participación ciudadana como son los partidos políticos, observamos inmediatamente tres déficits importantes: la falta de elecciones «primarias» para escoger a sus candidatos, la práctica inexistencia de listas abiertas, y las pleitesias que sus necesidades de financiación generan hacia los poderes económicos.

A nivel estatal, las cosas no mejoran y vemos como se discrimina entre ciudadanos de primera y de segunda al no concederse el derecho de voto a los inmigrantes. Se observa al mismo tiempo la práctica imposibilidad de llevar a término las iniciativas legislativas populares y se constata finalmente que los municipios, el primer escalón de la democracia, tan solo disponen del 16% de los fondos públicos frente al 53% que corresponde al gobierno central.

Si ascendemos a escala europea y mundial debemos lamentar forzosamente la práctica inexistencia de democracia. Un Parlamento Europeo sin plenas facultades legislativas, unas Naciones Unidas con un voto para cada estado y, por tanto, completamente desproporcionado en relación a la población, un Consejo de Seguridad con un incomprensible derecho de veto para cinco países privilegiados, unas instituciones como las de Bretton Woods (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional) donde el voto corresponde a la cuota aportada, nos lo demuestran de forma manifiesta. Y todo esto sin olvidar que, además, por encima de los organismos formales existen los poderes fácticos que desde el G-8 al Fórum Económico de Davos, desde la Cámara de Comercio de Bruselas hasta el Club Bilderberg determinan impunemente nombramientos, políticas, decisiones económicas y acciones bélicas.

Por otro lado, si la libertad de las personas es un imperativo de la democracia, podemos observar como tal libertad mengua a marchas forzadas en función del crecimiento del control social. Las cámaras fotográficas en lugares públicos y privados, los ilegales pinchazos telefónicos, la diseción fotográfica del territorio, el seguimiento de correos electrónicos y de entradas en Internet, la informatización de cualquier tipo de datos personales, etc. funcionan a pleno rendimiento justificados por unos falsos miedos ante terrorismos que, a menudo, son promovidos por los gobier-

nos y, que cuando no lo son, precisan de otras formas de respuesta. Nuevamente, resultan ser los pobladores de las ciudades los que se llevan la peor parte de estos ataques a la intimidad y la privacidad.

#### 4. La pacificación es posible

Es dudoso que las guerras hayan tenido algún sentido a lo largo de la historia pero es evidente que ahora mismo tienen menos sentido que nunca. En épocas de economías eminentemente agrarias sometidas a los avatares climáticos y de los fenómenos naturales podía, en algunas épocas, convertirse en imposible la supervivencia de las personas y, aunque no era justificable, podía ser al menos comprensible la voluntad de atacar al vecino con tal de acceder de esta manera a los bienes que escaseaban. Actualmente, pese a los millones de personas famélicas, existen recursos más que suficientes para satisfacer las necesidades básicas de los pobladores de la Tierra. Y cuando de forma local y circunstancial se producen algunos déficits, estos son perfectamente superables con los actuales sistemas de comunicación, los medios de transporte, conocimientos científicos y técnicas existentes disponibles. A partir de aquí, la guerra no es otra cosa que el egoísmo en grado superlativo y la competitividad llevada a su máximo extremo.

Aun así, las guerras existen y si se analizan sus razones podremos ver que, por un lado, figuran los intereses económicos básicamente vinculados a las materias primas y a los recursos energéticos. Guerras, por tanto, que lo que pretenden es mantener cuando no aumentar, el estado de bienestar de una quinta parte de la población mundial en detrimento del resto. Los actuales conflictos armados en Iraq, Afganistán y los ya menguantes en Angola y Somalia responden exactamente a este esquema; esquema de intereses que se mantiene a nivel interno de los estados

como hemos podido ver, entre otros, en Argelia, Colombia, Congo Kinshasa y Congo Brazzaville. Es necesario decir también, que, en ocasiones y sin estallar en guerras, estos intereses de los privilegiados se mantienen mediante formas dictatoriales basadas en la tortura, la represión y los asesinatos extrajudiciales muchas veces producidos con el apoyo de las potencias extranjeras. Tal es el caso, por ejemplo, de Guinea Ecuatorial, Nigeria, Zimbabwe, Myanmar y Uzbekistán.

Por otro lado, encontramos detrás de las guerras una serie de desencuentros políticos, sociales y étnicos que, a menudo, enraízan su expresión en marginaciones sociales, en ocupaciones territoriales, en mayorías que oprimen a minorías o, hasta en minorías que oprimen mayorías. Lo encontramos, solo por citar algunos casos, en el de Israel *versus* Palestina, de Serbia y Croacia *versus* Bosnia y Kosovo, de la Federación Rusa *versus* Chechenia, del Norte *versus* el Sur del Sudán, de Marruecos *versus* el Sahara, y, hasta hace no mucho tiempo, del Reino Unido *versus* Irlanda del Norte.

Al margen de los orígenes de los conflictos que hemos señalado, lo más preocupante es la obsesión que tienen la práctica totalidad de los estados de mantener permanentemente en marcha una maquinaria de guerra que sobre todo sirve para incitar al otro a hacer lo mismo; una maquinaria de guerra cuya justificación se encuentra casi siempre en la fabricación de falsas y sobredimensionadas amenazas y enemigos inexistentes. De todo esto se encargan con bastante eficiencia una parte de los medios de comunicación tras los que encontramos casi siempre grandes corporaciones industriales, importantes poderes financieros, responsables de los departamentos de defensa y fabricantes de armamentos. Constatamos, por ejemplo, el caso de la prensa francesa en buena parte en manos de Serge Dassault (Le Figaro), primer particular fabricante de aviones de combate, y

de Arnaud Lagardère (prensa regional e imperio editorial Hachette), accionista principal de las industrias bélicas privatizadas del país.

El ciclo armamentista, expresión más elegante de la maquinaria de guerra, se presenta en diferentes facetas a cuál más perniciosa. En primer lugar, encontramos el gasto militar. De acuerdo con las estimaciones de los organismos internacionales en la actualidad este ya llega a la cifra de 1.200.000 millones de dólares anuales, esto es, 22 veces más de lo que la Organización Mundial de la Agricultura y la Alimentación (FAO) cree que haría falta para la eliminación anual del hambre en el mundo. En segundo lugar, aparecen las sorprendentes cifras de personal adscrito a las fuerzas armadas, unos 26 millones de personas, cuando según las Naciones Unidas habría más que suficiente con medio millón de cascos azules en todo el mundo para apaciguar los posibles focos y situaciones de conflicto. En tercer lugar, la más que perversa investigación con finalidades militares pese a su inaceptable dimensión ética se justifica con la excusa del aprovechamiento civil de sus innovaciones. Excusa inservible ya que está más que demostrado que este aprovechamiento es escasísimo, que la vía de transferencia de tecnología sigue partiendo de lo civil a lo militar y que los nuevos hallazgos en armamento alcanzan niveles absolutamente degradantes en el respeto a las personas humanas. En cuarto lugar, la producción y transferencia de armamentos que supone, a menudo, un flujo Norte-Sur que llena de beneficios a los países ricos al mismo tiempo que llena de guerra a los empobrecidos. En paralelo, el tráfico de droga se produce en la dirección contraria, y en muchas ocasiones se puede hablar de armas que se pagan con droga y de drogas que se pagan con armas. De otro lado, esta actividad de venta de armas es indigna e indignante en el caso español que ocupa un lugar destacado como exportador mundial y como

suministrador de municiones en guerras africanas, tal como ha denunciado Intermón-Oxfam.

Si decíamos, no obstante, que la pacificación es posible, es que de verdad podemos creer en ello. Siempre y cuando, naturalmente, la voluntad personal y política nos lleve al logro de determinadas condiciones. Como elemento básico, y como bien dice la UNESCO en su carta fundacional hace falta sacar las guerras de nuestra mente. Es evidente que hoy no se puede hablar de guerra justa bajo ningún concepto y si entendemos, tal como algunos han dicho, como guerra justa la que los aliados llevaron a término el año 1991 para reconquistar Kuwait con las bajas de 300 soldados norteamericanos, con 270.000 iraquíes muertos y el posterior embargo que generó, según la Unicef, más de un millón de víctimas entre los niños menores de cinco años, será necesario que revisemos de forma inmediata y profunda nuestros conceptos morales. No obstante, si el conflicto ya ha estallado deberemos proceder con rapidez a negociaciones de paz incondicionales.

El proceso de pacificación deberá continuar con el desarme nuclear y convencional, con la reducción de los efectivos de las fuerzas armadas, con la destrucción de los arsenales y la reconversión de la industria militar hacia finalidades civiles. Si bien casi siempre se trata de decisiones políticas se debería tener en cuenta que estas han de ser impulsadas por la presión de los ciudadanos mediante los movimientos sociales y los compromisos individuales. Nadie negará a estas alturas la razón moral que acompañaba a todos los que se manifestaron en contra de las pruebas nucleares, de la guerra de Vietnam o de la invasión de Iraq por hablar de casos manifiestos. De la misma manera que ahora todo el mundo ya ha entendido las razones de los objetores de conciencia al servicio militar y empiezan a ser entendidas las objeciones fiscales, financieras, laborales y científicas

con todo aquello que tenga relación con la preparación de la guerra.

En este capítulo hemos dejado para el final un aspecto central como es la educación por la paz. Se debe entender de entrada la educación por la paz y, sin duda, la paz misma, en un sentido amplio que exige previamente de la justicia, del desarme, del respeto a los derechos humanos, de la equidad social, del desarrollo de los pueblos, del cuidado del entorno y de muchos otros requisitos. En este sentido, educación por la paz será toda aquella que nos lleve a los objetivos citados. Pero evidentemente la educación por la paz nos remite también a la toma de conciencia de los privilegios de los que disfrutamos los ciudadanos del Norte, a la renuncia de la competitividad, a la exclusión de cualquier tipo de discriminación, de fanatismo y de patriotismo y a la consideración del valor de la dignidad humana por encima de cualquier interés material, individual o colectivo. En última instancia, la educación por la paz ha de suponer también una eliminación cada vez más presente de la violencia virtual en las películas, en los cómics, en las consolas, en los ordenadores, en los juegos de rol, en los juguetes bélicos y en cualquier instrumento formativo y de ocio para niños, jóvenes y adultos.

De forma simultánea y complementaria a la educación por la paz, la investigación para la paz resulta básica si debemos escrutar los orígenes de los conflictos y sus posibles soluciones. Paradójicamente está poco valorada en comparación a la investigación para la guerra. Es bueno conocer que en esta dirección y siguiendo modelos ya consolidados en el Norte de Europa, se está poniendo en marcha, con la aprobación del Parlamento de Cataluña, el Instituto Catalán Internacional por la PAZ (ICIP) que encuentra sus raíces en la Ley del Fomento de la Paz y la posterior creación del Consejo Catalán de Fomento por la Paz, órgano consultivo que vincula a la

sociedad civil y a las instituciones políticas en temas de paz.

## 5. La inmigración, clave de la vida ciudadana

La ciudad es el espacio migratorio por excelencia. Las injusticias citadas en el segundo capítulo y las guerras analizadas en el tercero evidencian las razones de las salidas y de los flujos de población. Nos interesa ahora conocer cómo desde el Norte acogemos estos flujos. La respuesta resulta desgraciadamente bastante negativa. Cerramos nuestras puertas a su venida y posibilitamos un tráfico mafioso de personas que origina su muerte, no les damos la documentación necesaria y les colocamos en situaciones de precariedad laboral y social, no les damos la plenitud de derechos como ciudadanos y permitimos su maltrato y su discriminación.

Es necesario corregir todos estos malentendidos y ser conscientes de que las migraciones son un hecho tan antiguo como la humanidad misma, que se ha movido siempre huyendo del hambre y de la guerra. Es preciso entender que para las sociedades envejecidas como las europeas la inmigración es un maná de juventud y de fuerza de trabajo, aunque no es por esto por lo que debemos recibirlos sino porque tienen todo el derecho. En última instancia, es ineludible entender que contrariamente al choque cultural del que tanto se habla, las migraciones se encuentran en el origen de nuestros hábitos, costumbres, riqueza artística y patrimonios literarios.

No obstante, es preciso reconocer que las mutuas interrelaciones no se han producido siempre de la misma manera. En ocasiones, los procesos de enriquecimiento y de ósmosis respectiva han funcionado bastante bien mientras que en otras circunstancias se han dado enfrentamientos, creación de guetos y, hasta situaciones de dominación de unos a otros. En nuestras

realidades, se trata más bien de discriminaciones sociales que no étnicas. Así, por ejemplo cuando nos enteramos de los disturbios en las *banlieues* francesas, debemos pensar sobre todo en la protesta por la quiebra del «ascensor social» debida a las políticas laborales y de rentas de los gobiernos de derechas más que a las luchas entre grupos de población procedentes de etnias o territorios diferentes.

Aun así, cuando paseando por Barcelona úno tiene la posibilidad de pasar un rato en la Rambla del Raval te das cuenta que la convivencia es perfectamente plausible y que todavía estamos a tiempo de no caer en las duras realidades vividas en algunas ciudades europeas. Eso sí, siempre que seamos capaces de frenar los trazos racistas que sobresalen en algunos medios de comunicación, de eliminar los espíritus xenófobos de determinados grupos de población autóctona y de practicar políticas públicas abiertas y respetuosas con los inmigrantes.

Pequeña nota al margen, antes de acabar este apartado, nos la ofrece el trato nada favorable que en España se da desde hace casi 30 años a los refugiados y a los exiliados políticos. No deja de ser una paradoja que en la medida en que las prácticas de la libertad en la vida pública hayan mejorado, se haya perdido en cambio la capacidad de acoger a aquéllos que huyen de la guerra y de la represión y que llegan a nuestra casa no solo para mejorar sus condiciones de vida sino más bien para salvarla. Ha desaparecido de nuestras ciudades la pluralidad y la riqueza que representó la llegada de expulsados por las dictaduras latinoamericanas de los años setenta del siglo xx y, en una absurda posición contraria a la que nosotros disfrutamos tras el fin de la Guerra Civil, nos hemos negado a recibir refugiados, excepto en cantidades simbólicas procedentes de Bosnia, de Kosovo y de Chechenia por no hablar de los totalmente inexistentes de Ruanda, del Sudán o de Iraq a título de ejemplo.

## 6. Consumismo: limitación de los recursos

El último elemento que debemos considerar dentro de los grandes retos que afectan a las sociedades actuales y, muy particularmente a la vida urbana tiene que ver con el crecimiento exponencial del consumismo y la progresiva limitación de los recursos, el origen del cual se constata desde los años cincuenta y cuya efervescencia empieza a partir de los años setenta del siglo xx. En efecto, una vez rehechas las sociedades del golpe de la Segunda Guerra Mundial, el mundo occidental, y de una manera particular sus empresas, nos damos cuenta que en el consumo se encuentra la base del lucro y a partir de aquí empieza una cuidada planificación que mediante la psicología y las técnicas publicitarias investiga las motivaciones de los compradores, los hipnotiza ante los productos, les ofrece espacios en los que predisponen los cinco sentidos a la atracción hacia las mercaderías, se les proporcionan accesos, horarios y facilidades de pago y se coloca a los ciudadanos ante un falso sentimiento de felicidad.

A los gobiernos democráticos o no, les conviene ya que crea ciudadanos conformistas con modelos de vida, especialmente de consumo y ocio, uniformes y poco dispuestos a elevar la voz contra el sistema sobre todo si, además, como en el caso español, tienen encima la responsabilidad de unos pagos hipotecarios de larga duración. El mayo francés del 68 fue evidentemente un toque de alerta ante esta situación comprendido solamente por determinadas minorías. Para el resto, la puerta del pensamiento único quedaba completamente abierta.

Los resultados no se han hecho esperar demasiadas décadas y en la actualidad ya nos hemos podido dar cuenta de dos cosas. Primera, que el actual nivel de consumo es imposible generalizarlo a la totalidad de la población mundial. Como

muy bien se dijo en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible que tuvo lugar en Johannesburgo el año 2002, si la Humanidad entera quisiera tener acceso a los mismos recursos naturales (agua, minerales, fuentes de energía, madera, etc.) de los que disponemos los habitantes del mundo industrializado, una quinta parte del total, se necesitarían tres planetas. En consecuencia, si partimos de la idea de justicia que figura en el título de este capítulo debemos admitir que la única vía para aplicarla en el ámbito material es mediante la puesta en práctica de la teoría del decrecimiento. No estamos éticamente autorizados a crecer más –naturalmente sí a desarrollarnos– en la medida que la mayor parte de la población de la Tierra deberá abstenerse a hacerlo. Va siendo hora que así lo expresen las autoridades económicas de los países y den, de esta manera, ejemplo a empresarios y ciudadanos que tienen que encaminarse al mismo objetivo.

Segundo elemento: que la injusticia que cometemos con el consumo afectará todavía más a las generaciones que han de venir. Los síntomas son claros: agotamiento de los recursos, disminución de la biodiversidad, contaminaciones de todo tipo, calentamiento del planeta. Y también se empiezan a vislumbrar guerras por los recursos, nuevas enfermedades, desecación de los lagos, desaparición de algunos espacios emergentes, etc. No cumplimos de ninguna manera con el proverbio indio que nos habla de la disponibilidad en alquiler de la Tierra que hace falta conservar en buen estado para los que vendrán tras nosotros.

## 7. No todo está perdido

El sistema socioeconómico imperante que, a grandes trazos, hemos intentado identificar en los apartados anteriores, aunque todavía se presenta con mucha fuerza, disfrutó de la vigencia punzante durante la

década de los años noventa del siglo xx una vez hundida la mal nombrada alternativa del socialismo real que, en realidad, no era otra cosa que un capitalismo de estado con un altísimo nivel de militarización. La segunda mitad de la década vio ya, primero en Chiapas y después en Seattle como desde el Sur y desde el Norte se levantaban voces de rechazo que se consagraron a partir de enero del 2001 con la celebración, sucesiva y hasta el momento actual, de los llamados Fóruns Sociales Mundiales que bajo su ampliamente conocido lema de «Otro mundo es posible» presentan muchas propuestas para transformar el actual sistema de globalización.

Aunque se podría tomar como una excesiva simplificación, el conjunto de aportaciones de los Fóruns iniciadas en Porto Alegre pero que han tenido continuidad en varias ciudades –nuevamente el papel de la ciudad– de todo el mundo, en encuentros de diferente nivel, representan en buena forma el intento de construcción de una economía comunitaria y substitutiva de la actual, injusta y depredadora.

Algunos trazos que se infieren de las temáticas tratadas, apuntan claramente en esta dirección. El mejor reparto en el acceso a las tierras para las explotaciones agrarias, las transferencias gratuitas de tecnología, la cancelación de la deuda externa, el incremento de la cooperación al desarrollo, el freno a la economía especulativa y no a la productiva, las prácticas de comercio justo, la promoción de las finanzas éticas, el establecimiento de fórmulas empresariales cooperativas, el reparto de trabajo entre todos los que opten, el consumo responsable, los vínculos a potenciar entre los países del sur, la ocupación y recuperación de fábricas abandonadas, las iniciativas empresariales llevadas a cabo por mujeres, la creación de instrumentos de fiscalidad internacional, la reducción del gasto militar hacia finalidades sociales, la puesta en práctica de la renta básica, las «ollas populares», los

intercambios no monetarios, y muchos otros serían un buen ejemplo de ello.

En todo caso, esta nueva manera de ver la economía exige al menos tres requisitos que corresponden a los tres «partenaires» sociales, esto es, individuos, empresas y administraciones. Por parte de los individuos, consumidores pero a la vez trabajadores e inversores, es preciso que abandonen la filosofía del «tener» por la del «ser», la de la competencia por la de la cooperación y la de las ganancias materiales por la del bienestar colectivo. Las empresas, por su parte, deben asumir verdaderamente el concepto de Responsabilidad Social en el sentido pleno de la palabra y no, como a menudo sucede, como una estrategia más de marketing. En el bien entendido que la Responsabilidad Social es preciso tenerla con los trabajadores, con los clientes y

usuarios, con los proveedores, con los competidores comerciales, con los subcontratistas, con las haciendas públicas y con las administraciones a todos los niveles. Por parte de las administraciones, es necesario que lleguen a entender de una manera definitiva que su misión es el servicio público a todos los ciudadanos y no a los más poderosos o privilegiados, que la fiscalidad debe ser verdaderamente distribuidora y que los derechos económicos, sociales y culturales deben ser tan respetados como los derechos civiles y políticos.

En este contexto, la ciudad no es más que un espacio de constataciones poco afortunadas y a la vez un laboratorio de pruebas que podrían ser, de verdad, herramientas de transformación. Si esto fuera así podríamos hablar, con todo conocimiento de causa, de ciudades educadoras.